

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia 22 de

Enero de 1891.

Precios de suscripcion
 Barcelona un trimestre ade.
 Entado una peseta; fuera de
 Barcelona un año, id. 4 pesetas
 Extranjero y Ultramar un año
 p. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
 Plaza del Sol 5, bajos,
 y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de suscripcion
 En Lérida, Mayor 81, 2.º
 Madrid, Ballesta, 4, principa
 En Alicante, Francisco, 2
 Imprenta.

SUMARIO.—Elvira.

Gracias mil á Matilde Ras.

Gracias mil y mil, damos á nuestra distinguida colaboradora por la interesantísima historia que ha escrito espresamente para «*La Luz*» Tenemos un placer inmenso en insertarla, pues es digna por todos conceptos de ser leida y estudiada, rogándole encarecidamente que sea siempre tan generosa para LA LUZ DEL PORVENIR.

ELVIRA.

I.

Tenia Elvira diez años y á tan temprana edad se consideraba ya la mas desgraciada de las criaturas; y en verdad que no iba muy fuera de camino. No habia conocido á su madre y la Beneficencia se encargó de lactarla, así anduvo ella de lucida y medrada; á los cuatro años aun no andaba; sus débiles piernecitas no podian sostenerla y se pasaba la vida ó echada en la cama de la enfermería ó sentada en el suelo del asilo. Estaba siempre tan delicada que las hermanas llegaron á considerarla como una carga por demás inaguantable. Si se declaraba una epidemia en el establecimiento ya se sabia que por Elvirita habia empezado; si alguien se caia al estanque, en el fuego, en cualquier sitio peligroso, todas exclamaban á una: ¡de fijo será Elvirita! Si una hermana llevaba platos tropezaba con Elvirita y se los dejaba caer haciendo mil platos chicos; si otra llevaba la masa tambien encontraba á Elvirita al paso y ella y los panes y la niña iban á rodar. La infeliz no daba mas que disgustos. Esto se explica perfectamente. Como la tenian tan desgraciada, no estaba nunca en caja como las demás, por todas partes se hallaba y en todas estorbaba. Al cumplir los seis años (entonces ya andaba) la dignísima Junta de Beneficencia amante de la humanidad y en especial de las caritativas hermanas que en ella habia, condoliéndose de lo mucho que tan santas mujeres sufrían por un mal bicho como Elvira, determinó averiguar si esa hija del vicio conservaba algun pariente; y como la junta era muy sábia y tenia muy buenas narices para dar con todo aquello que pudiese favorecer á sus queridas

hermanas, halló que la niña no era huérfana de padre, pues era hija natural y legítima de fulano de tal que aun vivía.

La madre ya estaba en el otro barrio purgando sus liviandades.

Ya se ha visto que la junta era activa y aunque se necesitaba un expedienteo del diantre para que ella, prudentísima, admitiese á cualquiera en el asilo de su elevada y recta direccion, no era menester tanto para despedirlo cuando por un motivo ú otro el individuo gravaba material ó moralmente á tan filantrópico establecimiento. El secretario pues redactó un oficio y entregándolo á un conserje que desempeñaba los cargos de recadero, sacristan, demandadero etc., le mandó que recogiese á Elvirita y la dejase á donde el papel decia, con cuya órden, una mañana de las frescas de Enero el empleado tomó á la niña de la mano y provisto del oficio se encaminó á desempeñar su mision.

Habíante dicho á la expósita que iba á encontrar á su padre, por lo cual reventaba la infeliz de satisfaccion. Aunque muy pocas veces habia visto la ciudad, nada le impresionó; ni las lujosas tiendas, ni las magníficas calles, ni los elegantes carruajes. Elvira no veia nada, la idea de su padre la embargaba por completo; nunca habia sido tan feliz como entonces. ¡Sufria tanto al pensar que estaba sola en el mundo! Los domingos cuando sus compañeras recibian á sus madres viéndose agasajadas por ellas, sentia un dolor tan agudo en su alma que de buena gana se hubiera muerto. Casi todas las huerfanitas tenian un pariente ó un amigo que de cuando en cuando las fuera á visitar y por ella nadie iba; era de las pocas, quizá la única que se quedaba sin juguetes, sin dulces y sin caricias. ¡Y cuánto habria dado ella por un beso! hasta aquella muñeca desnarigada y manca que por felicísima casualidad pudo ella haber y que hacia un año constituía toda su ventura. Pero al presente todo estaba cambiado, decíase Elvira mientras atravesaba calles y plazas; ahora iba á ver á su padre, á vivir con él. ¡Cuánta mayor seria su dicha que la de sus amigas que solo veian á sus padres de tanto á cuanto! Ella lo vería todos los dias, á todas horas y le compraría una muñeca mejor que la desnarigada que en el asilo habia dejado.

Con estos pensamientos penetraron la niña y su acompañante en un barrio infecto y hediondo; despues de algunas vueltas y revueltas di-ron con una gran casa de ruinosa fachada y repugnante aspecto, subieron muchas escaleras, cruzaron vários patios y atravesaron un sin fin de corredores. Aquello parecia un laberinto y no encontrando el conserje las señas del que buscaba, llamó con los nudillos en una puerta. Salió una mujer y probablemente conocia al individuo por quien se le preguntaba, pues contestó resueltamente:

¡Ah! sí, es el luterano!

El empleado creyó del caso horrorizarse y se santiguó beatíficamente.

—¡Pues *tié gracia!* exclamó la mujer; que era una chula de rompe y rasga; cualquiera diria que es un pecado enlutar papel. Estos señoritos de todo hacen asco.

Y esto diciendo les dió con la puerta en las narices.

El conserje fué á preguntar á otra parte y por fin topó con el que buscaba. Era un hombre que llevaba cara y manos tiznadas hasta el codo. Tenía en el suelo un cacharro lleno de unto negro. A su lado en la mesa veíase un monton de papel blanco y mas allá una porcion de hojas extendidas con una húmeda y reciente orla negra. El hombre cogía un papel blanco, le aplicaba un marquito mas pequeño, mojaba un pincel en el cacharro y untaba todo alrededor; quitaba el marco con cuidado y mientras con una mano colocaba el papel donde podia, con la otra

enjugaba la madera en sus pantalones. Así iba él de negro y de súcio.

Apesar de eso, de la cara se le destacaba una nariz gorda, repugnante, morada; en la hechura parecía una patata y el color era propiamente de vino. Aparte de la nariz que era lo mas feo, todo el aspecto del luterano era feroz. Al verle se quedó Elvira helada. El hombre de la Beneficencia le dijo que allí le traía su hija de órden superior y para atestiguarlo sacó el oficio. No se dignó mirarlo, como tampoco á su hija, ni despegó los labios. En vista de este silencio el empleado volvió grupas.

Al verle marchar, la niña corrió tras él poseída del mas profundo terror. En cuanto entró en el cuarto se le imaginó que su padre era un ogro como el de los cuentos y que como el de los cuentos tambien se la iba á tragar, así es que un miedo cerval se apoderó de ella en cuanto el conserge hizo ademan de marcharse. Agarróse con fuerza al faldon de su chaqueta gritando como si ya la degollaran. El padre no se meneó de su sitio, continuó impassible su trabajo; el empleado la sacudió con fuerza, su padre prorrumpió una horrible blasfemia y la infeliz deshecha en llanto, muerta de terror fué á caer encima de un baulito.

El recadero cerró la puerta tras sí y una vez en la Beneficencia contó á las Hermanas como la niña apesar de las elocuentes persuaciones de él y de su padre no queria quedarse allí sino volverse al establecimiento donde tan bien la habian tratado. La superiora creyó de su deber levantar los ojos al cielo y exclamar ¡querida niña! y un diputado que estaba presente, conmovido por tan tiernísima escena, pensó ser muy del caso comunicar rasgo tan conmovedor á sus compañeros, los padres de la patria, y estos afirmándose mas y mas en la altísima idea que ya tenian de las buenas hermanitas de los pobres, acordaron por unanimidad dar un voto de gracias á la madre superiora por el celo, inteligencia, caridad y abnegacion con que tratara á las asiladas confiadas á su archi-dignísima direccion.

II.

Elvira entretanto se habia quedado sentada en el baul llorando á mas y mejor. Mucho habia sufrido desde que nació, pero ninguno de sus padecimientos llegó al punto de aquel que le aquejára al encontrar un padre tan desalmado. La desilusion fué completa, terrible, abrumadora. A pesar de lo mucho que á la expósita habian maltratado, no habian logrado embrutecerla. Era un espíritu adelantado, de nobilísimos sentimientos y en él nacia la idea del bien, como nacen las lejanas estrellas aunque nunca el ojo del hombre se haya parado á contemplarlas; su bondad no se manifestaba porque no encontraba circunstancias apropósito para ello y en esto estribaba su expiacion. Comprendíase que Elvira debió ser en otras existencias un individuo perverso y malvado como el que mas, pero habia sonado para ella la hora del arrepentimiento y de la reparacion y queria saldar cuentas y progresar á toda costa; mas este progreso que ella en lo pasado habia entorpecido efectuábalo ahora en un centro donde todo eran trabas y dolores sin cuento. Muchas veces hemos pensado que el espíritu que se conservaba puro, estando rodeado de depravacion y de inmundicia moral, era un espíritu superior y fuerte á toda prueba. Fácil es el camino de la virtud cuando desde niños tenemos ejemplos vivientes de ella; poco cuesta portarse bien si con el trabajo llegamos á alcanzar honrosos medios de subsistencia, pero cuando todo falta, desde la moralidad del ejemplo hasta la materialidad de los medios de vida ¡ah! cuán áspera y escabrosa es la práctica del bien y cuántos desgraciados espíritus se ahogan en los cenagosos lagos del vicio, perdiendo para siempre en esta encarnacion las bellas y laten-

tes cualidades que en la infancia adornaban su alma! Pero volvamos á nuestra triste historia, á la afligidísima Elvira.

El luterano no dijo nada en los primeros momentos. Continuó impassible pintando su papel; pero como el llanto de su hija no cesaba, con semblante airado y al propio tiempo estúpido la apostrofó en estos términos:

—¿Quieres callarte, grandísima..... Pues esto me faltaba. Para y no me muevas. Mas te valiera haberte quedado con aquellas tias. ¡Bribonas, tunantas, mandar-me aquí á un estafermo cuando yo no me puedo mantener! Pero para mí como si no hubieses venido, si quieres comer te lo ganarás; vende algo por ahí ó pide ó despabílate ¡hostia! sin padres me crié yo y me iba tan ricamente; ¡quién volviera á aquellos tiempos! Calla, te digo, ó te doy una *patá* que ruedas las ciento veinte.

Enmudeció Elvira temerosa de que su padre cumpliera lo prometido. Se conoce que el silencio suavizó algo el mal humor del luterano pues prosiguió:

—En ese saco de paja podrás dormir; es mio pero te lo cedo, yó ya me agenciare otro ¡puño! al fin y al cabo no puedo negar que eres hija de una mujer que me quiso.

Este fué el único relámpago de ternura que Elvira vió brillar en su padre, mas no le pareció suficiente para atreverse á nada. Quedó en la misma postura sentada en el baul, apoyó la cabeza contra la pared y un silencio sepulcral reinó en la habitacion. El padre no interrumpia su tarea de mojar en el cacharro y darle al papel. Elvira lo miraba maquinalmente y rendida por la emocion se durmió. Al despertar estaba sola; su padre habia salido llevándose el papel, únicamente le hacian compañía el baul, el saco jergon, una silla rota y el cacharro del unto. La niña sintió miedo y hambre; abrió la puerta con precaucion y no viendo á nadie empezó á andar con recelo por aquel dédalo de patios y pasillos. De pronto se detuvo: habia reconocido una puerta. Paróse ante ella.

¿Si llamaria, si le abririan, qué iba á hacer allí? Ni ella misma lo sabia, pero el instinto le hizo dar un golpe con su débil puño. Salió la chula de marras y quedó Elvira completamente cortada.

¿Qué quieres? preguntó la mujer con acento desabrido pues recordaba lo que ella imaginaba ser burla, del portero del asilo.

—Yo soy la hija del luterano, dijo tímidamente la niña.

—Pues buena alhaja tienes por padre, y á mí ¿qué?

—Que se ha ido y..... hi..... hi..... hi..... hi.....

—Vaya, *enteraos*, no digas mas. Se ha ido y *ta dejao* sin pienso; eso lo hará todos los dias; si tu no te la buscas habrás de vivir como el *camalion*. Entra.

Adelantóse Elvira y vió que aún con ser muy mísera la habitacion no lo era tanto como la de su padre. Un chiquillo de algunos meses se arrastraba por el suelo llevando en la mano una rebanada de pan súcia y pringosa como su cara. Quitó-sela la madre no sin que el niño protestara con su chilladiza y como no cesaran sus gritos mientras la chula revolvía en un cajon, díjole ella con gárrula voz:

—¡*Caya condena*! macho habias de ser *pa* no dar á *nai*, todos sois unos desde chiquititos.

Mientras esto decia halló una porción de chocolate de la peor especie y juntándola con el pan entregó el todo á Elvirita que estaba como alélada de todo lo que veía y oía.

Desde aquel dia la Señá Amparo que así la llamaba la expósita fué el único amparo de la huerfanita: por desgracia esta proteccion era y podía ser tan poca que la niña se pasaba muchas hambres; además la chula era muy desgraciada por

várias circunstancias y la principal de ellas porque sus principios morales tenían muy poca solidez. Llevaba una vida muy irregular tan pronto vivía con un hombre como con otro, siendo tanta su mala sombra que si uno era de mala ralea el otro era peor; el que menos no le daba de comer y el que mas la hartaba de palos: ella era siempre la que hacia todo género de sacrificios para ellos y nunca tuvo la suerte de dar con un individuo medianamente honrado que se los agradeciera. La infeliz pagaba muy caro su ardiente deseo de ser amada, apesar de lo cual no cambiaba de vida.

Elvira sufría extraordinariamente cuando veía maltratar á su débil protectora; además aquella atmósfera de cieno moral y material pesaba sobre su espíritu como las capas de plomo sobre los hipócritas en el infierno del Dante. Existia en ella una idea mas que medianamente justa de lo decente y de lo decoroso y el lenguaje soez que de continuo oía, los modales groseros, la torpe conducta de cuantos la rodeaban herian su alma en lo mas vivo. Jamás se contaminó de tales costumbres, apenas tomaba parte en los juegos de los demás niños, no se la veía por la escalera sino cuando salia á la calle. Hablaba tan poco y con tanto comedimiento que le pusieron por apodo *la señorita*, y no se la conocia por otro nombre en la casa de vecindad. A Elvira no le importaba que le llamaran como quisieran, cosas mayores la apesadumbraban. Su padre cumplió exactamente la promesa que le hizo de no hacerle caso: no le quitó el saco de paja, pero tampoco le dió nunca nada: decían que era hombre sobrado hablador, mas con su hija nunca trababa conversación. Esta por su parte observaba que su padre de cada vez pintaba menos, apenas iba á casa sino es para dormir y aun solia hacer frecuentes y completas ausencias. Elvira no se atrevia á preguntar por él: había oído hablar de una casa llamada Saladero y su instinto le decía que debia de estar allí. Así la infeliz no tenía mas providencia que la escasa y poco segura de la señá Amparo. Convirtiósese en niñera de su hijo, lo entretenía, lo llevaba á paseo y como el niño pesaba casi tanto como ella, á lo mejor ahorran la escalera y rodaban los dos.

Entónces la chula le propinaba una tunda y todo quedaba en paz. Cuando el nene fué mayor, se dedicó Elvira á tener otro y hacer mandados, con lo cual ganaba la suficiente comida para no caer exánime. Una le daba un pedazo de pan, otra un mogicón, la de mas allá unas alpargatas de su marido y la demás acá unas sayas suyas. Si Amparo no estaba de humor para recortárselas, Elvira se las plantaba asimismo, juntándose con alfileres los bajos con la cintura y asi andaba vestida del modo mas estrafalario que imaginarse pueda. Daba lástima verla por las calles cargada siempre con una criatura que á duras penas podian sostener sus escuálidos brazos, pálida, desgñada, moradas en invierno las desnudas carnes, sudando á mares en verano con la presion de otro cuerpo siempre en contacto con el suyo. Era durísima su expiacion. La única variedad que su vida ofrecia, era la de estar en el hospital cada principio de invierno.

Su débil cuerpo no podia resistir los primeros frios y la infeliz se ponía á morir. Cogíala entonces como un fardo la señá Amparo y la depositaba en la santa casa. Siempre entraba en ella Elvira con el ferviente deseo de morir. Hallábase tan sola en el mundo, tan abandonada, tan falta de alimento para su naturaleza y para su corazon, que con toda su alma pedia á la virgen santísima la aliviara de aquella misérrima vida. Pero la Virgen debia de estar sorda ó no sabia lo que se hacía y Elvira se enfadaba alguna vez contra ella y le decía que nunca mas volvería á rezarle, mas se olvidaba pronto de su rabieta y nuevamente tornaba á suplicarle la sacára de este mundo donde tan mal y tan fuera de su centro estaba.

Así cumplió diez años la sin ventura hasta que un día pero esto merece párrafo aparte.

III.

Estaba una mañana Elvira parada delante de un escaparate de ultramarinos. Venía de compras, aunque no de la lujosa tienda que contemplaba sino de otra infinitamente mas modesta. La señá Amparo tenia flatos á consecuencia de vários disgustazos que le habia dado un para ella nuevo bribon; y para alivio de sus males mandó á la huerfanita por un perro gordo de azúcar y otro pequeño de té. Cumplió la niña el encargo y no se sabe porque capricho antes de emprender la vuelta á casa le dó la ocurrencia de pasear por cierta calle donde sabia ella que podia tomarse un atracon de vista y hasta una racion de olfato segun los comercios á donde se dirigiera. Aquel dia le cautivaba la vista una canastilla de frescos y al parecer recién cogidos higos. ¡Qué diferencia entre ellos y los mostosos y aplastados que alguna vez lograba ella alcanzar! Pues y aquellos racimos de gordos granazos que estaban diciendo, cómeme, cómeme! ¡Qué cosa tan buena es la fruta. decia para sus adentros la pobre desvalida. Y cuanto mas miraba y pensaba mas se le hacia la boca agua. La gente entraba y salia y ella continuaba absorta en sus contemplaciones sin hacer caso de los transeuntes, pero de pronto le llamó la atencion una señora de mediana edad tan sumamente guapa y simpática, que Elvira desvió los ojos del tentador canastillo y fijólos con insistencia en la desconocida. Esta, seguida de una doncella de blanquísimo delantal y de un gran cesto pasado al brazo, entró en el comercio. La niña pensó entonces que se le hacia tarde y que la señá Amparo le daria un par de mogicones, mas antes de abandonar el sitio tuvo viva curiosidad por ver nuevamente á la señora que la habia llamado la atencion. Colocóse cerca de la puerta mirando de reojo hácia dentro. Inmediatamente salió la que tanto le cautivaba; no habia comprado nada é iba tan distraida que no advirtió como un coche venia á todo escape; bajó la acera y dió un paso hácia delante; la doncella que aun no estaba fuera de la tienda dió un grito desgarrador, pero ya Elvira rápida como un relámpago habia dado á la señora un grandísimo empujón haciéndola caer casi dentro de la casa. El empuje fué tan fuerte que ella misma cayó encima de la que habia salvado; oyó junto á su cuerpo las pisadas de los caballos el rechinar de las ruedas, sintió como si un peso enorme le triturara los huesos y despues nada. Cuando despertó se encontró en una cama monísima donde todo era blanco y rosa; á través del cortinaje, la huerfanita veia unos muebles como aquellos que vendian en la carrera de San Gerónimo; no estaba, pues, en el hospital. Miró mas detenidamente, buscando así algo como una monja; en efecto, una enfermera estaba á la cabecera de su cama, pero no llevaba blancas tocas sino una preciosa trenza atada con un lazo de vivos colores. Estaba leyendo. A Elvira le pareció muy hermosa y creyó que tan simpática fisonomía no le era del todo desconocida. Tosió, lijeramente. Enseguida soltó el libro la graciosa jóven y entreabrió las cortinas.

—¿Dónde estoy, preguntó la enferma?

La respuesta fué levantarse la enfermera corriendo, salir á la puerta de la habitacion y gritar con estrepitosa alegria: ¡papá, papá, ha hablado!

Segundos despues, un señor entraba en la habitacion: tomó el pulso á la enferma, examinóla atentamente y sin duda debió quedar satisfecho porque preguntó sonriendo:

—¿Cómo estás?

—Yo muy bien, pero la señá Amparo tiene muchos flatos y quisiera llevarle el té.

—Eso no es posible: has estado muy malita y aun tendrás que pasar unos cuantos días en cama.

—¿Pues dónde estoy?

—En una casa donde todos te queremos mucho.

Una alegría inmensa se reflejó en el demacrado semblante de la expósita; pero fué un relámpago; enseguida volvió á entristecerse y murmuró con desaliento.

—¡Ay! eso no puede ser; á mi nadie me quiere.

—¿Quieres verlo?

A una seña del médico salió la polla y á poco entró acompañada de la señora del coche, de la doncella y de otras tres pollas. Al ver á la primera, Elvirita se incorporó; la señora se precipitó en sus brazos llorando de conmoción. Su ejemplo contagió á los demás: el padre tenía los ojos arrasados en lágrimas, las pollas estaban conmovidísimas y la *pobre chica* tuvo que acudir á la puerta del delantal. Ella fué la primera que rompió el silencio.

¡Ay! señoritas exclamó, si no fuera por este niña ya no tendrían ustedes mamá á estas horas. ¡Dios mío; cuando pienso el trastorno que hubiese habido en esta casa las carnes se me abren!

Estas palabras llevaron la realidad al espíritu de Elvirita y no pudiendo resistir tantas emociones se desmayó.

El padre que era uno de los médicos ricos y afamados de Madrid, le prodigó los auxilios necesarios y cinco días despues, la huerfanita en brazos de un mozo pudo pasar al comedor. Sentáronla en un sillón, pusieronle una silla para las piernas, una almohada en la espalda; la mamá, las cuatro hijas y la *pobre chica* inclusive se desvivían por ella. En plácida calma trascurrió una temporadita. Elvira estaba siempre tendida. El coche le había pasado encima de las dos piernas y luego sobrevinieron calenturas gástricas y amagos de tifoidea. El estómago le resistía tan poco alimento que la pobrecita se reponía muy despacio. Varias veces había preguntado por su padre y por la seña Amparo, y también refirió su historia á la excelente familia que la albergaba. Las pollas lloraban oyéndola, hasta entonces creían que existencias tan desgraciadas solo se encontraban en los libros. Entretanto el médico y su esposa fueron á la antigua casa de vecindad de Elvira y allí preguntaron por su padre y por su protectora. Del primero nadie les dió razón: hacía mas de un mes que no se le veía; á la segunda la hallaron muy mal parada, pues un chulo pretendía que vendiera el manton y como no quiso hacer ella semejante sacrificio, hartóla él de puñadas y mogicones por *inconsideráa* y *deseastáa* que no era capaz de deshacerse en verano de una prenda que no había de necesitar hasta el invierno. Apesar de estar bastante mohina con sus desventuras, la seña Amparo se alegró mucho del bien sucedido á Elvirita y aseguró al matrimonio que bien podían guardarla en su compañía cien años sin que al padre se le antojára reclamarla nunca. No quedó el médico muy satisfecho con esto; hubiese deseado encontrar al luterano y tener con él una explicación clara y terminante acerca de su hija, pero sin duda había desaparecido de Madrid, por que no se le halló ni en la cárcel, ni en ningun hospital, ni en parte alguna.

Entretanto Elvira mejoraba que era un primor: limpia, bien vestida y mejor alimentada iba tomando carnes, no teniendo nada de fea. ¿Qué haremos de esta criatura?, preguntó un día el médico á su buena esposa.

—Tengo un plan que de realizarse hará feliz á todos. ¿No has notado que esa niña se parece mucho á la difunta nieta de la marquesa?

—En verdad que sí, no habia caído en la cuenta de ello pero ¿y qué?

—¿Y qué? ¡Qué poco listos sois los hombres! Ya sabes cuanto la marquesa suspira por su nieta; si validos de este parecido pudiéramos hacer que nuestra tia la adoptara, ella seria feliz los últimos años de su vida y de Elvirita no hay que decir lo bien que estaria. Si la marquesa no quiere prohibirla nos la quedamos en casa, le damos una carrerita y *laus deo* Supongo que Elvira no dará disgustos en ninguna parte ¿Qué opinas?

—Opino que es una niña muy buena y de no vulgar inteligencia que acompañaría perfectamente á nuestra tia; pero tambien opino que la pobrecita reúne pocas probabilidades de vida y sentiría que la buena señora se le aficionase teniendo despues el disgusto del siglo.

—¿Qué cuentas tan largas! ¿Y por qué no se puede morir antes la marquesa siendo tan vieja como es?

¡Ah! eso desde luego; Dios sobre todos los cálculos humanos.

Aquella misma tarde el médico escribió á Asturias donde estaba de temporada su tia la marquesa. Contóle lo que en aquella su casa habia ocurrido y hubiese podido ocurrir á no presentarse la Providencia en la simpática forma de una desvalida expósita muy parecida á la nietecita por quien ella tanto lloraba. En fin ya conoceria el hecho en todos sus detalles cuando regresara.

La marquesa era una buena señora lejana parienta del médico, que le habia costeadó la carrera y él que era bien nacido y agradecido la trataba con toda suerte de consideraciones. Bien las necesitaba la infeliz porque apesar de su opulencia no le habian faltado desgracias. Sentia verdadera pasion por los niños y de varios hijos que tuvo de un matrimonio no exento de tempestades solo le quedó una hija que ella adoraba de rodillas. La muchacha era de sentimientos dulces y benévulos y casó con el hombre mas tahir que por aquellos tiempos corria por Madrid. La marquesa decia de él que hacia bueno á su marido. Murió la jóven, víctima de tanto disgusto como su compeñero le daba y quedó su desgraciada madre, sin hija con la fortuna muy quebrantada y con una nietecita tan escrofulosa que sus cuidados no pudieron salvarla. Hacia los once años la niña se fué á hacer compañía á su madre y con su ida quedó la marquesa triste entre las mas tristes. Su única distraccion era la tertulia del médico y su familia y una anual excursion veraniega al norte para recoger la cosecha.

En cuanto regresó aquel año presentáronle á Elvirita. La anciana quedó admirada del parecido que tenia con su nieta y no mostró ningun inconveniente en llevársela á su casa que era un hotel algo antiguo en un barrio retirado del centro de la poblacion. Desde entonces comenzó para la huérfana una vida de verdadera felicidad; era tan buena y cariñosa que la marquesa llegó á quererla extraordinariamente; hizo que la niña la tuteara llamándola abuelita; le dió entendidos maestros, la vistió como una princesita y obró con ella en todo y por todo como si fuera su verdadera nieta. Elvira comprendía lo que todo esto valia y se mostraba agradecidísima. Una enfermedad que duranie tres meses aquejó á la noble anciana y en la cual le prodigó la niña unos cuidados superiores á su edad estrechó los lazos ya bastante fuertes que las unian. Al ver el cariño que aquellas dos personas se profesaban, la una en la mañana de la vida y la otra en el ocaso, habia que confesar ó que no era la primera vez que se encontraban ó que eran dos almas excelsas atraidas por el irresistible iman de la virtud.

(Se continuará)

MATILDE RAS